

SEXUALIDAD ADULTA

Presentación en el VI Cicle Psicoanàlisi Avui.

Mataró, 22, Marzo, 2011

Carmen Ferrer Román

La sexualidad es el eje de la vida del ser humano y su objetivo es conseguir el goce del sujeto. Dirige nuestros deseos, incluso en los ámbitos en que parece no tener relación con ella. Esto expresado de esta manera parece muy taxativo, pero es así porque el motor de todo lo que hacemos es la pulsión, un empuje de origen sexual que pone en marcha nuestras acciones utilizando la libido, es decir, la energía sexual para conseguir sus propósitos.

La sexualidad comienza prácticamente con la vida y en los inicios el goce está relacionado con las necesidades fisiológicas: la alimentación, la limpieza, las sensaciones corporales, auditivas, visuales, etc. Se articula en la relación con la madre, relación que en esta etapa es fusional y está plagada de sentimientos contradictorios, no exenta de emociones como la rabia o la depresión que harán su efecto en la estructuración de la sexualidad.

Un poco más adelante, este funcionamiento se independiza del exterior y el goce se centra en determinadas zonas del propio cuerpo: las zonas erógenas, con cuya estimulación se establece una actividad autoerótica. A partir de aquí hay una larga evolución en la que poco a poco se va construyendo la sexualidad del sujeto al mismo tiempo que la organización de su psiquismo.

En cuanto a la sexualidad adulta, podríamos decir que se define a partir de la pubertad. A la salida de la infancia, hacia los doce años, se da una segunda fase del Complejo de Edipo con los mismos elementos que tuvieron lugar en la primera, o sea, el amor a la madre, pero también el

odio hacia ella cuando no permite la separación, así como el amor al padre por separar de la madre, pero también el odio por introducir la amenaza de castración. Esta combinatoria de cuatro vínculos da forma a las manifestaciones de la bisexualidad que está presente en todos los seres humanos: se van alternando el amor a uno de ellos con el rechazo del otro.

Efecto de esto es el período homosexual que atraviesan tanto niños como niñas durante su infancia y también en la pubertad; en esta última etapa se pueden observar las profundas amistades, con visos amorosos, que se establecen entre individuos del mismo sexo.

En la pubertad, las pulsiones aparecen con toda su fuerza y los chavales no disponen aún de recursos suficientes para manejarlas. De allí que se puede observar una cierta huída, trivialización o, incluso, ridiculización de lo sexual y lo afectivo que, en realidad, no es más que una defensa ante el empuje instintivo que padece el sujeto.

También se produce un incremento de la agresividad por el desplazamiento de los impulsos eróticos hacia impulsos agresivos, que se viven como más controlables y menos expuestos a la frustración. El deseo sexual confronta al adolescente, de nuevo, con la diferencia de los sexos, la elección de sexo y la elección de objeto sexual, cosas que inevitablemente angustian.

En este periodo de los 12 a los 15 años, hay pues una fase en la que se suceden idas y venidas entre objetos masculinos y femeninos que los muchachos tendrán que ir resolviendo para establecer la propia elección de objeto.

A continuación, entre los 15 y los 18 años se llega a la etapa final de esta reedición del Edipo en la que se hace la elección de sexo definitiva que marcará el camino de la sexualidad adulta de cada cual. Esta elección se realiza en base a los deseos inconscientes de los padres, lo que estos dicen y hacen, los acontecimientos traumáticos que el sujeto

haya vivido en su niñez o adolescencia, la manera de reaccionar ante estos, y las identificaciones que realice con las figuras parentales.

Simplificando un poco, si el sujeto es varón biológicamente y se identifica con el padre del mismo sexo para desear al de sexo contrario, hará una elección heterosexual; si en su lugar, se identifica con el progenitor del sexo femenino se produce una elección homosexual. Lo inverso ocurre con las chicas.

Huelga decir que en todo este trayecto, tanto en las fases tempranas preedípicas y edípicas como en estas más tardías del desarrollo de la sexualidad, pueden ocurrir diversas vicisitudes que empujan al sujeto a tomar diferentes caminos en su deseo de obtener el goce sexual. Digo goce y no placer porque hay una diferencia entre ambos conceptos, aunque en algunos momentos puede coincidir, en otros muchos difieren de forma significativa. El placer es algo que hace sentir bien, mientras que el goce puede hacer sentir mal y aún así se busca insistentemente (no hay más que reparar en determinadas prácticas sexuales como las masoquistas en que el sujeto sufre dolor y maltrato pero eso es precisamente lo que le excita).

¿Por qué ocurren estas cosas?

Porque la sexualidad adulta procede del funcionamiento perverso-polimorfo de la sexualidad infantil, tal como Freud lo descubrió. Es algo que no está determinado por la biología, ni por el sexo fisiológico, sino que es una construcción debido al hecho de que somos sujetos del lenguaje simbólico y profundamente dependientes de nuestro entorno afectivo, precisamente por eso pueden darse estas distintas elecciones hacia múltiples formas de placer o goce.

Uno de los momentos cumbres del transcurso de esta construcción es el descubrimiento de la diferencia de los sexos, cuando el niño/a percibe que no todos los seres humanos son iguales. Su primera reacción es

negarlo para continuar creyendo en la inicial convicción inconsciente de que hay un solo sexo al que no le “falta” nada. Más adelante, ante la evidencia, no podrá seguir negando que hay dos sexos muy diferentes, en los que a uno de ellos parece faltarle algo, perspectiva esta que genera, básicamente, dos reacciones:

- Una es la aparición en el varón del miedo a perder su pene, ya que el razonamiento es que si hay personas que no lo tienen es porque lo han perdido o alguien se lo ha quitado.

La niña, en cambio, no cree que haya perdido nada sino que ha nacido faltándole algo –cosa que es la fuente de todos los reproches dirigidos a su madre-, y desarrolla la esperanza de que algún día “tendrá” uno como los varones; cuando va viendo la imposibilidad de ello, la expectativa evoluciona hacia el deseo de tener un hijo del padre que más adelante se canalizará hacia encontrar un hombre fuera de la familia que le permita -con su pene- tener ese hijo deseado.

- La otra reacción es la escisión del sujeto que, por una parte, niega la evidencia mientras que al mismo tiempo la acepta, lo cual constituye la llamada renegación.

La primera de las alternativas forma parte de la evolución típica de la organización sexual infantil, incluida en ella las diversas formas de conflictividad neurótica.

Mientras que la segunda abre el camino de la perversión.

Otro hito del desarrollo sexual del niño es la prohibición del incesto efectuada por el padre, esta prohibición, según Freud, es la que introduce la Ley en el sujeto ya que le impone la renuncia a la relación sexual con los progenitores y le indica que no todo es posible ni que podrá conseguir todo lo que quiera.

Para encauzar bien la sexualidad se precisa:

- Aceptar la diferencia de los sexos asumiendo que nadie está completo (castración del sujeto y del Otro).
- Renunciar a las actividades auto-eróticas, admitiendo que se necesita al otro para tener una sexualidad satisfactoria.
- Aceptar la prohibición del incesto que dirige al sujeto hacia la exogamia, forzándole a buscar pareja fuera del núcleo familiar.

Si todo el proceso transcurre de forma típica el sujeto culminará alcanzando la genitalidad en el plano sexual, lo que supone elegir un partenaire de sexo contrario con el que se podrá tener una satisfactoria relación sexual.

En ocasiones, esto se articula con el deseo de procrear, que no obstante tiene otros determinismos.

Otro aspecto que atañe a todos, es que nunca se puede alcanzar la total satisfacción sexual del deseo inconsciente y siempre queda una parte de la pulsión que requiere ser desviada hacia otros objetivos no sexuales; en parte, la libido sexual es transformada en amor y ternura, pero también se acontece el proceso de la sublimación que se materializa en las realizaciones más elevadas del ser humano con las que hemos construido la cultura y con las que continuamos contribuyendo a su sostenimiento. Se ha dicho que son actos sublimatorios los que tienen que ver con actividades creativas o artísticas (escribir, pintar, esculpir, etc.) pero también lo son todos los productos del pensamiento y la acción dirigidos a uno mismo y a la comunidad como colaboración en el enriquecimiento, el disfrute y la realización personal (estudio, investigación, deportes, hobbies, etc.)

Volviendo a la actividad sexual directa, se ha de señalar que siempre es conflictiva y, en muchos casos, aún habiéndose llegado a alcanzar la

genitalidad pueden darse dificultades que influyen en uno u otro aspecto del desenvolvimiento de la sexualidad provocando disfunciones:

a) la falta de deseo o inhibición sexual

b) la vivencia problemática del otro: temor, asco, rechazo, etc.

c) problemas localizados en el cuerpo como la impotencia, la eyaculación precoz, el vaginismo, la frigidez – que expresan la incapacidad de disfrutar y alcanzar el orgasmo-

El psicoanálisis de las neurosis muestra que los síntomas constituyen realizaciones de deseos sexuales rechazados y reprimidos, que se efectúan de una manera desplazada y modificada por la defensa contra ellos. Los primeros casos de histeria descritos por Freud lo evidencian de forma clara y nuestra clínica cotidiana lo pone constantemente de manifiesto.

En otras ocasiones se encuentran deseos perversos en la causa de los síntomas.

Ante la angustia de castración (del sujeto y del Otro), muchos individuos hacen regresiones o se mantienen en fantasías y prácticas masturbatorias (autoeróticas) que no dejan de producir culpabilidad, porque tienen un carácter incestuoso (no exogámico, no heteroerótico).

Conforme ha ido avanzando la investigación psicoanalítica y el conocimiento profundo del ser humano, también han ido cambiando algunos conceptos y maneras de ver la sexualidad humana.

Algunos autores, consideran que el concepto perversión solo debería aplicarse a ciertas formas de relación con el otro, y específicamente a los actos sexuales, que no toman en cuenta ni el deseo ni la necesidad de la otra persona. Algunas de esas formas de sexualidad, intentan neutralizar y defenderse de la angustia de castración manteniéndose más acá del encuentro con el otro diferente. Otras en cambio, tienden a trasladar dicha angustia al semejante: si es el otro quien se angustia, el sujeto no padece.

Por otra parte, denominan neo-sexualidades a las que incluyen actos no tradicionales que reinventan el acto sexual, que no causan sufrimiento a ninguno de los partenaires y que no están signados por la compulsividad, sino que responden a una manera de sobrevivir a conflictos psíquicos infantiles.

Por tanto el comportamiento sexual humano siempre está comandado por el funcionamiento inconsciente y es ahí donde se han de buscar las causas de los conflictos, las disfunciones y las dificultades para el disfrute.

Así pues el placer sexual puede tener muchos caminos y cada uno lo buscará según las posibilidades que le abran las experiencias tempranas y los condicionamientos de su historia personal.